su valentía al expresarla, luchando contra los tópicos más o menos patrióticos.

He hablado de límites de Plá: creo que los tiene, y grandes, como todo mortal; pero no seré yo quien arroje la primera piedra. Sería fariseísmo, taimado pago a la honradez e impenitencia de este gran catalán. Por el contrario, requiere exposición sincera: honradez frente a honradez, el máximo homenaje que puedo hacerle. Ya he hablado de algunas de sus limitaciones (con la advertencia de que lo son para mí y no intento imponerlas a los demás). Me parece ver en Plá también un cierto acomodamiento en una forma de vida que le hace en ocasiones no investigar demasiado, y frente a los problemas de España, una actitud de *mejor no meneallo.*

Pero acaso yo, al decir esto, sea injusto con Plá; acaso sea sacarlo de su paisaje, desenfocarlo y cometer una de las mayores tonterías que pueden cometerse. No sé: este Plá, este Plá nos hace guiñar los ojos, como el sol muy fuerte. Es un hombre que cumple y ha cumplido con su deber, y no podemos pedirle virtudes de semidiós. Nada más sencillo, nada más humano que Plá. ¿Entonces? Me quedo con el artista, con el amigo —aunque no tengo la enorme satisfacción de haber hablado con él— y con el hombre culto que sabe su camino, ni apresurado ni perezoso. Plá me parece uno de los hombres más agudos que viven en la España de hoy, asilo de generosidad, escritor insobornable, y por tanto, pilar de nuestra esperanza.—ALBERTO GIL NOVALES.

NOTA SOBRE LA POESIA Y CESAR VALLEJO

La poesía, eso que recorre el aire del mundo y que de pronto, como el halcón, se deja caer sobre la tierra y elige a un hombre y se lo lleva, lo hace pocas veces de un modo pleno y total. A algunos hombres no llega a arrebatarlos, aunque quedan heridos para siempre; a otros les deja caer nada más que una pluma o yesca, y ya es bastante. A los grandes escogidos, por fin, los des-tierra, *los ajena de un modo siempre riguroso, incapacitándolos ya para un mundo que no sea el de su propio dictado. En ocasiones, esta indescifrable precipitación de la poesía recae sobre un hombre capaz de defenderse de ella, de dominarla y represarla, de estar lo que socialmente se diría «preparado para la circunstancia». Así, y citando dos casos muy significativos, Goethe, Valéry. Ellos supieron y pudieron encajar el golpe en crudo de la poesía. Pero otras veces, y no menos misteriosamente, la poesía cae sobre un pobre desgraciado, sobre un hombre cualquiera de las*

calles, y lo deja deshecho para siempre. Una avispa ahogándose en la taza de una fuente de Sevilla, perneando con desesperanza en el agua solar y encendida que se la lleva y se la lleva hacia el remolino último, tal nos parecerá siempre Gustavo Adolfo Bécquer en la vida, aquel verdadero enfermo de poesía cuyo arte era, según la conmovida agudeza de don Eugenio d'Ors, el del acordeón tocado por un ángel. O cae la poesía sobre Juan Keats, el hijo del cochero, y lo hiere de muerte más de lo que ya estaba. O sobre un oscuro peruano del pueblo: César Vallejo.

César Vallejo nos pareció desde siempre uno de los más infusos y contundentes poetas en castellano, y ya en su primer libro, Los Heraldos Negros, *aparece muy claro lo que luego habría de figurar como rasgo más característico de la poesía vallejiana. La poesía de César Vallejo es un vivo y pavoroso ejemplo de cómo puede andar un hombre en poder de la poesía, en vez de andar la poesía en poder del hombre. Su palabra anda zarandeada, estrujada, devuelta, recobrada por la poesía, igual que un leño por el mar. Tiene mucha más fuerza el fuego que el hombre, y es por lo que también parecen entonces las páginas de la poesía un gran incendio, una vastísima pira de palabras crujiendo.*

En el ejemplo de Los Heraldos Negros *que citaremos en seguida es donde chispea una poesía incontrolable, por primera vez y por su propia cuenta, dentro de la obra de César Vallejo. Incluso con la huella del uruguayo Julio Herrera y Reissig que pudiera apreciarse en el pasaje, es en él donde la calidad del gran poeta del Perú parece ya desbordar, como luego en tantos momentos de* Trilce, Poemas Humanos *y* España, aparta de mí este cáliz, *la propia mano del que la hacía. Se trata de los endecasílabos finales del tercer soneto correspondiente a un tríptico en que el poeta refleja el ambiente de una fiesta nocturna popular del Perú. El desgarro ambiental, incluso con coloristas pregones de pacotilla y humo de fritangas y resaca alcohólica pasada al relente y ventas ínfimas, nos recuerda un poco, por cuestión de pura asociación de ideas, a la valleinclanesca* Pipa de Kif. *Pero el final de César Vallejo, maravilloso, diríamos de imprevista y seguramente* involuntaria *belleza, es éste:*

Van tres mujeres... Silba un golfo... Lejos
el río anda borracho y canta y llora
prehistorias de agua, tiempos viejos.
Y al sonar una caja de Tayanga,
como iniciando un huaino azul, remanga
sus pantorrillas de azafrán la aurora.

Una salida ciertamente culta, perfecta, pero también, hasta dejarlo de sobra, profundamente popular. Sobre todo, belleza sin más ni menos. Gracia del cielo, huidiza a todo análisis en frío, asequible sólo al instinto y a la emoción de donde viene y para los que naciera. En efecto, al crítico de poesía, a su estudioso, corresponde siempre una «verdad objetiva» del criterio poético, una verdad desde luego públicamente necesaria y justamente «racional» o «razonable». Se trata, por medio de la crítica de poesía, de allegar su misteriosa virtud a términos lógicos, de fijarla y ofrecerla a todos mediante la relación de su proceso exterior y de sus resultados finales. He aquí la irreemplazable «verdad objetiva» de la crítica poética. La verdad de la poesía, sin embargo, es muy otra: es una «verdad vital». La poesía es un raro acontecimiento que empieza y termina en sí mismo, un ciclo cerrado y recogido, la explicación de cuya génesis primera y última quedará siempre más allá de la crítica objetiva, lo que algunos críticos se empeñan en olvidar. Dar de lleno en el indesvelable secreto de la poesía, en su contextura, sólo es posible a la propia poesía, y en este sentido, el interés de la crítica no dejará de poseer siempre un carácter meramente pedagógico, acercativo, circunloquial. Sólo el poeta —el verdadero poeta se entiende, el iluminado de poesía— sabe *de poesía y es capaz, sin otros rodeos, de ponérsela al mundo en la mano. La poesía, pues, será tanto más alta cuanto menos se sostenga en fundamentaciones racionales comunes, cuanto más sólida esté en sus zonas inaprehensibles.*

Releyendo a César Vallejo se nos ha revelado otra vez aquel viejo y áureo teorema que tendía a considerar la poesía no como a una entidad adjetiva, o cualidad, sino como a un sujeto sustantivo, como a un hecho, celeste en cierto modo, pero tan concreto como un águila, un tifón o una piedra.—FERNANDO QUIÑONES.

EL 12 DE OCTUBRE EN TOMELLOSO

Las fiestas, todas, tienen su medida, su categoría, su clasificación. Hay grandes, pequeñas y regulares fiestas. El Día de la Hispanidad, fiesta hispánica, tuvo, aparte de otras muchas, dos resonancias: una principal y grandiosa, la celebrada en Canarias con la presencia de grandes personalidades hispanoamericanas y españolas; y otra pequeña y sintomática, la de Tomelloso, en la que tuve el honor de acompañar, como representante del Instituto de Cultura Hispánica, al historiador y escritor argentino José María Rosa, uno de los principales